

ANGUSTIA ¿CÓMO HACERLA HABLAR?

Angustia en la melancolía

Ana Maeso.

En varias secuencias temporales voy atendiendo a una joven que conocí a los 10 años, actualmente está en la veintena. Su demanda consistía en la preocupación que sentía, estaba muy triste, con aislamiento social y una sensación intensa de pérdida por una relación con alguien muy cercano en su infancia, con quien había convivido más o menos estrechamente durante unos años, era un lazo afectivo muy importante para ella. Durante los años en que se acerca a la adolescencia consigue situarse medianamente bien, interrumpiendo el tratamiento, había ido consiguiendo hacer cierto lazo con los iguales, aunque ya asomaba el consumo de tóxicos.

Vuelve a los 17 años, recién iniciados unos estudios que había elegido sin mucho deseo, donde no encuentra su lugar y una primera relación amorosa que le produce enorme desconcierto y desconfianza, porque un chico de más edad a la suya le declare su amor. Este periodo de trabajo es tortuoso, comienzan los consumos excesivos de tóxicos (alcohol y marihuana); abandona esa primera relación, con la sospecha puesta en supuesto maltrato por parte él, alimentada por su entorno. Su consumo de alcohol llega a ser preocupante, bebe la mayor cantidad de alcohol posible en la menor cantidad de tiempo.

En este momento de acercamiento a lo amoroso, en situaciones de intenso malestar esta joven necesitaba pegarse, golpearse, insultarse, como forma de atacar su imagen. Injuria y difamación frente a su ser sexuado. Ahí donde no hay significativo que la represente como mujer, y donde aparece la imposibilidad de lo sexual, surge la difamación como forma de suplir ese vacío. Momento de cristalización de la melancolía.

Tenemos la particularidad en la melancolía, como psicosis, que se produce el intento de elaboración simbólica a través del delirio de indignidad; el dolor de existir, sentimiento de desamparo radical en la existencia, fuera de toda razón y sentido que, paradójicamente podría pensarse parecido a la angustia, no calma pero sirve como cierto agarre simbólico.

En este sentido, podemos pensar la melancolía vinculada a la diferencia sexual, al hecho comprobado de un número mayor de mujeres que presentan esta estructura subjetiva, precisamente porque el delirio de indignidad, la difamación, puede venir a llenar ese vacío de lo innombrable de la posición

femenina.

En las clases no encuentra acomodo, se siente paralizada, bloqueada, sin poder decir una palabra, no pudiendo hablar con los compañeros, ella “es tonta” y se van a dar cuenta que “es una impostora”, ya que no sabe nada, no entiende nada y no puede formular preguntas. Tiene ciertos fenómenos de despersonalización y extrañeza en algunos momentos, de viaje, con otros compañeros. Los bloqueos a la hora de trabajar en algún tema, producir algún trabajo son constantes. Ninguna indicación le sirve, piensa en el abandono de los estudios y trabajar.

Un viaje fuera de su ciudad, por un año y a otro país, con la consiguiente separación vuelven a sumarse a su precariedad. El confinamiento aparece en nuestras vidas y para esta joven es un momento delicado. Aunque habíamos pactado su marcha, pero sostenida con las sesiones y algo de medicación, la situación se vuelve difícil, en ocasiones aumenta mucho sus consumos, que se mantienen a la vuelta a casa durante bastante tiempo. “Beber es una recompensa por haberlo pasado mal”, comenta. Progresivamente va abandonando aquellas actividades vinculadas a la creación artística que realizaba desde muy joven. Abandona casi todo y sus sesiones también.

Recientemente, hace poco tiempo, vuelve a hacer demanda de volver a vernos, “estoy muy angustiada”, dice por encontrarse de nuevo frente a un abismo en el que teme caer. Acabó sus estudios y tiene que decidir qué hacer. Siente que se juega la vida ante una decisión que tiene tomar, carril en el que se puso de forma impulsiva, al matricularse de un curso que no tiene nada que ver con lo que estudió y que no le gusta. Presenta manifestaciones de pánico, fuertes sentimientos de angustia con manifestaciones corporales, una demanda desbordante a la analista, a su entorno, sin que nada, ninguna palabra le calme o le sirva. Este malestar tan intenso, le aparece cuando se plantea abandonar su elección, que fue actuada. En este agujero aparece la pregunta: qué quieres, pregunta que se acerca a su deseo... Momento distinto, no es solamente el sentirse *kakon*, deshecho, que constituye la respuesta ante el vacío de su ser.

La dificultad para entrar en el discurso nos habla del rechazo al inconsciente, no puede acoger nada. Hace una crisis importante cuando debe plasmar su decisión, indecible, de abandonar el curso. Ahora el recurso de la medicación demandado por ella, la calma lo suficiente para dejar esa elección y darse el tiempo de reflexión que necesita, a la vez que retoma los estudios artísticos. Va hablando: la culpa le aparece ligada a la

imagen frente a los demás, se siente avergonzada, es una prerrogativa que no se merece. Se le hace insoportable y se reprocha ferozmente dejar algo que eligió impulsivamente y pensar acerca de qué rumbo tomar. “Me da vergüenza, qué pensarán los demás de mí”.

La vertiente persecutoria aparece ligada a lo afectivo, el otro le va a hacer daño, aunque en primera instancia es ella la que teme dañar al otro. Ante la decisión de volver a abandonar una relación amorosa vuelve a aparecer la demanda masiva ¿qué hacer? Mi posición en ese momento es tratar de poner palabras ahí donde ella solo quiere que el otro le diga, solución que no le sirve nunca, lógicamente.

Con este pequeño recorrido querría señalar varios aspectos. Tal y como aborda Lacan en el seminario *La angustia*, se ve en el caso cómo en la melancolía respecto del objeto *a*, desconocido pero investido narcisísticamente, está la exigencia de pasar a través de la propia imagen y atacarla en primer lugar, para poder alcanzar dentro de ella el objeto *a* que la trasciende y cuyo gobierno se escapa. Indistinción entre la imagen de sí y la cosa; lo simbólico queda desanudado, frente al entrecruzamiento de lo imaginario y lo real. Ahí se mueve justamente la angustia, en ese margen de la extensión de lo real al imaginario, con ausencia de palabras para todo sujeto.

Dicho de otra manera, en la melancolía tenemos al objeto *a* fuera de toda significación fálica, con un goce imperativo, del Superyó, que retorna en el lugar en el que el goce fálico falta, cuando el sujeto tropieza con lo imposible inscrito en la inexistencia de la relación sexual. La voz del Superyó, muy presente en la joven, es un objeto, aunque también es lo que vehicula el significante, distinto del objeto en sí. Su voz, “mi instrumento”, lo llama ella. Veremos si esta salida en la que sí parece poder depositar algo de su deseo puede ser valiosa, algo a lo que animé siempre.

El tormento y la culpa están constantemente, también en esta actividad, donde nunca le parece hacer lo suficiente y necesario. Me encargo de no aliviar la culpa demasiado, sabemos de su función en la melancolía, como forma de amarre simbólico, al Otro.